

sabían cantar tuvieron muy grande trabajo á causa del dolor de Crimilda. Rogaron por el alma del guerrero fuerte y magnánimo.

Los pobres que estaban allí y que no poseían nada, tuvieron parte de ofrenda con el oro de Sigfrido: como no había de vivir más, se dieron por su alma muchos miles de marcos.

Sus buenas tierras laborables, fueron distribuidas entre los monasterios y sus gentes fieles. A los pobres dieron plata y vestidos. Ella hizo comprender por sus buenas acciones, cuan grande amor le profesaba.

En la tercera mañana, al tiempo de la misa, el ancho cementerio cercano á la catedral, estaba lleno de gente que lloraban, rindiendo homenaje al muerto, como se hace con los amigos queridos.

En aquellos cuatro días, se dice, que más de treinta mil marcos se dieron á los pobres, por la salvación de su alma. Allí estaba tendido y reducido á la nada su grande y hermoso cuerpo.

Cuando se acabó el oficio á Dios y terminaron los cantos, muchos del pueblo se agitaban dolorosamente. Sacáronlo fuera de la catedral llevándolo hacia la fosa. Allí también se escuchaban llantos y gemidos.

El pueblo siguió al entierro lanzando gritos de dolor: nadie estaba alegre, ni hombre ni mujer. Antes de enterrarlo cantaron y rezaron. ¡Ah! cuántos buenos sacerdotes se encontraron en el entierro!

Cuando la triste viuda se quiso aproximar á la fosa, fué tan dura la aflicción que sintió, que muchas veces tuvieron que rociarle el rostro con agua de la fuente: el dolor de su corazón era muy grande.

Es verdaderamente una maravilla, que sus fuerzas pudieran resistir. A su lado estaban muchas mujeres que lloraban también. « Vosotras, fieles á mi esposo Sigfrido » dijo la reina « hacedme un favor, en gracia á vuestro afecto.

« Dejadme que experimente una satisfacción en medio de mi dolor. Haced que yo pueda contemplar una vez más su bello rostro » Por tanto tiempo lo pidió llorando, que fué menester abrir de nuevo el magnífico ataúd.

Llevaron á la reina junto á la fosa. Con sus blancas manos levantó la hermosa cabeza y lo beso muerto, al noble y buen caballero: el dolor hizo que sus brillantes ojos lloraran sangre.

Fué aquella una dolorosísima separación. Quitáronla de allí y ella casi no podía andar. Vióse caer á la noble dama perdidos los sentidos. Su hermoso cuerpo parecía que iba á sucumbir á la desesperación.

Cuando enterraron al noble señor, fué una pena inmensa para todos los guerreros que habían venido con él del país de los Nibelungos. Nunca más se vió contento á Sigemundo.

Muchos hombres hubo que por la fuerza del dolor no comieron ni bebieron en aquellos tres días: sin embargo por tanto tiempo no podían tener olvidadas las necesidades del cuerpo y más tarde se repusieron, como sucede muchas veces.

Crimilda permaneció desmayada y sin sentido el día, la noche y hasta la mañana siguiente. Nada de lo que le decían podía comprenderlo. Poseído de la misma pena, yacía el rey Sigemundo.

Con gran trabajo le hicieron recobrar sus fuerzas agotadas por la grande aflicción, de lo que él no se extrañaba. Sus guerreros le dijeron: « Marchemos á nuestro país: no debemos permanecer aquí más tiempo. »

XVIII.

DE COMO SIGEMUNDO VOLVIÓ Á SU PAÍS.

EL suegro de Crimilda, fué á donde ella estaba y dijo á la reina: « Vamos á volver á nuestro país. Nosotros somos huéspedes poco queridos en las orillas del Rhin. Crimilda, noble señora, vente conmigo á mi reino.

« Que si en esta tierra hemos perdido por traición á vuestro noble esposo, es menester que no sufráis ese dolor : yo siempre seré vuestro, por amor á mi hijo y á su noble niño.

« Allí, mujer, conservarás siempre el poderío que en otro tiempo te confiaba Sigfrido, el héroe sin igual. El país y la corona son tuyos; toda la gente de Sigfrido, te servirá con gusto. »

Se dijo á los escuderos : « Esta noche emprenderemos el camino » y se apresuraron á preparar los caballos : junto á sus poderosos enemigos, la vida le era un pesar. A las mujeres y á las doncellas se les mandó que preparasen sus trajes de viaje.

Cuando el rey Sigemundo quiso marcharse, la madre de Crimilda le rogó que se quedara, entre sus parientes, en el país en que estaba. Así le contestó la desconsolada mujer : « Eso es muy difícil que lo haga. »

« ¿Cómo podrán mis ojos contemplar constantemente á aquel por cuya causa, yo, pobre viuda, he experimentado dolor tan grande? » El joven Geiselher le contestó : « Mi hermana querida, por evitarte pena, permanecerás al lado de tu madre.

« Tú no tienes necesidad de los servicios de aquellos que han destrozado tu corazón; vivirás de mis bienes. » Ella respondió al guerrero : « ¿Cómo puede ser eso? El dolor me mataría si volviera á ver Hagen. »

« Yo evitaré eso, querida hermana mía; tú estarás siempre al lado de tu hermano Geiselher. Yo te consolaré si puede ser, de la muerte de tu esposo. » La infortunada mujer respondió : « Crimilda tiene necesidad de ello. »

Al afectuoso ofrecimiento del joven, unieron sus súplicas Uta, Gernot y muchos de sus fieles amigos, rogándole que se quedara allí. Pocos eran los conocidos de ella entre la gente de Sigfrido.

« Todos os son desconocidos » dijo Gernot. « Nadie, por fuerte que sea, puede librarse de la muerte. Piensa en esto, mi querida hermana, y que tu espíritu se serene: permanece con tus amigos y en verdad que lo pasarás bien. »

Ella creyó á su hermano y permaneció en el país. Se prepararon los caballos para la gente de Sigemundo que

quisiera volver al país de los Nibelungos. Todo el equipo de los guerreros estaba preparado.

El rey Sigemundo fué á donde estaba Crimilda y dijo á la reina : « La gente de Sigfrido, permanece junto á los caballos: vamos á partir de aquí. No quiero permanecer más tiempo en Borgoña. »

Crimilda respondió : « Me han aconsejado mis parientes, al menos los que me son fieles, que permanezca aquí con ellos, dado que no los tengo en el país de los Nibelungos. Grande fué el pesar de Sigemundo al oír esto á Crimilda.

El rey Sigemundo le contestó : « No digáis eso nunca : ante todos mis parientes, llevaréis la corona con el mando, como antes lo habéis tenido. Vos no padeceréis por haber perdido á vuestro esposo.

« Ven con nosotros por amor á tu hijo, no es cosa de que lo dejéis huérfano. Cuando vuestro hijo crezca consolará vuestro pesar, y en tanto tendréis á vuestro servicio muchos guerreros fuertes y buenos. »

Ella dijo : « Mi señor Sigemundo, no puedo marcharme con vos. Sea lo que sea, lo que pueda sucederme, tengo que quedarme aquí con mis amigos, que me ayudarán á llorar. » Esta noticia no agradó á los buenos guerreros.

Así dijeron reunidos : « Podremos decir que nos ha ocurrido la mayor desgracia, por cuanto queréis permanecer en este país al lado de nuestros enemigos. Nunca fueron á una corte caballeros tan desdichados. »

« Partid sin cuidado, confiados en el favor de Dios : se os dará una numerosa escolta hasta que lleguéis á vuestro país : á mi querido hijo lo recomiendo al cuidado de vosotros, buenos guerreros. »

Cuando vieron que estaba decidida á no marchar, lloraron todos los hombres de Sigfrido. Con grandísima pena se separó Sigemundo de Crimilda; experimentaba una fuerte aflicción.

« ¡ Maldita sea esta fiesta ! » exclamó el respetable rey. « A ningún rey ni á los suyos se les ofrecerán más, tales diversiones : nunca jamás volveremos á Borgoña. »

Así dijeron claramente los guerreros de Sigfrido. « Tal vez nosotros volvamos nuevamente aquí, si podemos saber

quien asesinó á nuestro señor. Tendrá entre sus parientes muchos enemigos mortales.»

Abrazó á Crimilda diciéndole llorando, que por cuanto quería quedarse que bien estaba: vamos á volver ahora á nuestro país sin alegría ninguna: ahora comprendo todo mi dolor.



Abandonaron sin acompañamiento á Worms sobre el Rhin: iban con el ánimo tranquilo, pues si por enemistad los atacaban, los brazos de los Nibelungos sabrían defenderse bien.

Ellos no se despidieron de nadie. Vieron á Geiselher y á Gernot que se acercaban afectuosamente al rey: se sentían afligidos por su dolor y así se lo hicieron saber los fuertes héroes.

Así dijo cortésmente el fuerte Gernot: « Dios del cielo sabe, que en la muerte de Sigfrido no tengo parte ningun-

na; yo no supe nunca que tuviera aquí un enemigo: tengo motivos para llorarlo.»

El joven Geiselher los acompañó amistosamente. Acompañó sin cuidado ninguno hasta el Niderland al rey y á sus guerreros, poseidos aun de honda pena. ¡Entre sus parientes encontraron alegres á muy pocos!

Lo que después les sucedió, no os lo puedo decir. Los gemidos de Crimilda se oían continuamente, sin que nadie pudiera consolarla sino Geiselher; éste era bueno y fiel.

Brunequilda la hermosa, permanecía con impertinencia. ¡Por muchas que fueran las penas de Crimilda, nada le importaba! Nunca más en su vida le volvió á tener confianza. Pero después Crimilda le causó amarguísimos pesares.

XIX.

COMO EL TESORO DE LOS NIBELUNGOS FUÉ LLEVADO Á WORMS.

HABIENDO quedado viuda la noble Crimilda, el margrave Eckwart permaneció en el país con sus hombres. Él servía á su señora y juntos lloraban al muerto.

En Worms, cerca de la catedral, le construyeron una vivienda ancha y alta, grande y rica, donde permaneció con su acompañamiento sin alegría ninguna. Iba con devoción á la iglesia y hallaba algún consuelo.

Con el alma triste y con pena iba todos los días á la tumba de su esposo, y rogaba al Señor Dios que acogiera su alma; muchas veces se lo pidió con corazón contrito.

Uta y las de su acompañamiento, la consolaban siempre; pero tenía en su corazón herido, un vacío tan grande, que